

## Los museos que no existen

Ana Rosales Rubio | estudiante del Máster en Gestión Cultural y de Industrias Creativas de la Universidad de Alcalá

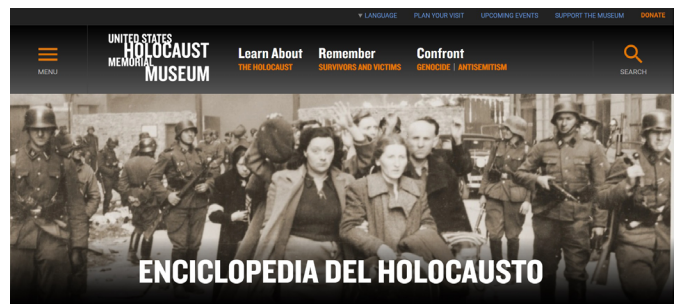
URL de la contribución <[www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5478](http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/5478)>

No sólo los museos que existen pueden partir de la dominación de unos pueblos sobre otros, también los que no existen. En 2003, Susan Sontag señalaba: “No hay un Museo de la Historia de la Esclavitud –toda la historia, desde el comercio de esclavos en la propia África– en ningún sitio de Estados Unidos” (Sontag 2011). La escritora atribuía esa ausencia al miedo por suscitar ira y resentimiento. No hubo oposición a la creación de un Museo Conmemorativo del Holocausto porque reflejaba un mal que había surgido fuera de las fronteras de Estados Unidos y ante el que este país se tenía por salvador o redentor. En cambio, un museo de la historia de la esclavitud desobedece la idea de Estados Unidos como la unidad de medida que el resto de la humanidad aspira a imitar: le retrataría como potencia fundada sobre un pasado vergonzante, dañino, imperfecto. Poner en duda la perfección de Estados Unidos como estadio máximo de evolución hace peligrar hasta las definiciones de aquellas naciones admitidas como desarrolladas o subdesarrolladas, ya que desaparece la referencia, el árbitro y juez que las guiaba. Mediante este discurso, Occidente contemplaría a los pueblos que no son como él como espejos invertidos de su realidad (Esteve 1996), como fases pasadas de sí mismo, conducidas a la extinción a través del cauce del desarrollo: el cénit hacia el que todos ellos ansiarían dirigirse, la meta donde están destinados a eclosionar. Por su parte, un museo de la historia de la esclavitud pervierte esa autocomplacencia y revela el subdesarrollo en el corazón del desarrollo.

El mismo año de publicación de la crítica de Susan Sontag empezó a elaborarse el Museo Nacional de Historia y Cultura Afroamericana, que se inauguraría en 2016 en Washington. La palabra esclavitud no se menciona en el título, ahora queda implícita. Si se nombra en las diferentes secciones, de inmediato se acompaña

de la palabra libertad. Al omitir la palabra esclavitud del título del museo, este aspecto queda subsumido entre otros que conforman la identidad afroamericana y se descentraliza. Dedicar un espacio a un segmento de población determinado indica que comparten una característica que les distingue, pero el visitante tiene que esperar a llegar al interior del museo para averiguar cuál es. Englobar la esclavitud en la identidad afroamericana la disocia de la identidad anglosajona, a la que también define, como ejecutor y cómplice. El enfoque ya no puede presidirlo la autocritica: la voz desde la que se enuncia es la de los dañados. El objetivo es impulsar el sentido de pertenencia afroamericano, el orgullo de resiliencia por vencer el origen sometido. El museo reconfigura entonces la ideología del patriotismo y sueño americano: el progreso alentado por sacrificios; por lo tanto, retorna al código entusiasta habitual, aunque varíe el color de la piel del portavoz.

Pese a que la demanda de Sontag ha sido atendida, el carácter que desprende el Museo Nacional de Historia y Cultura Afroamericana difiere radicalmente del carácter del Museo Conmemorativo del Holocausto, un fenómeno igual de incómodo de abordar que la esclavitud. El

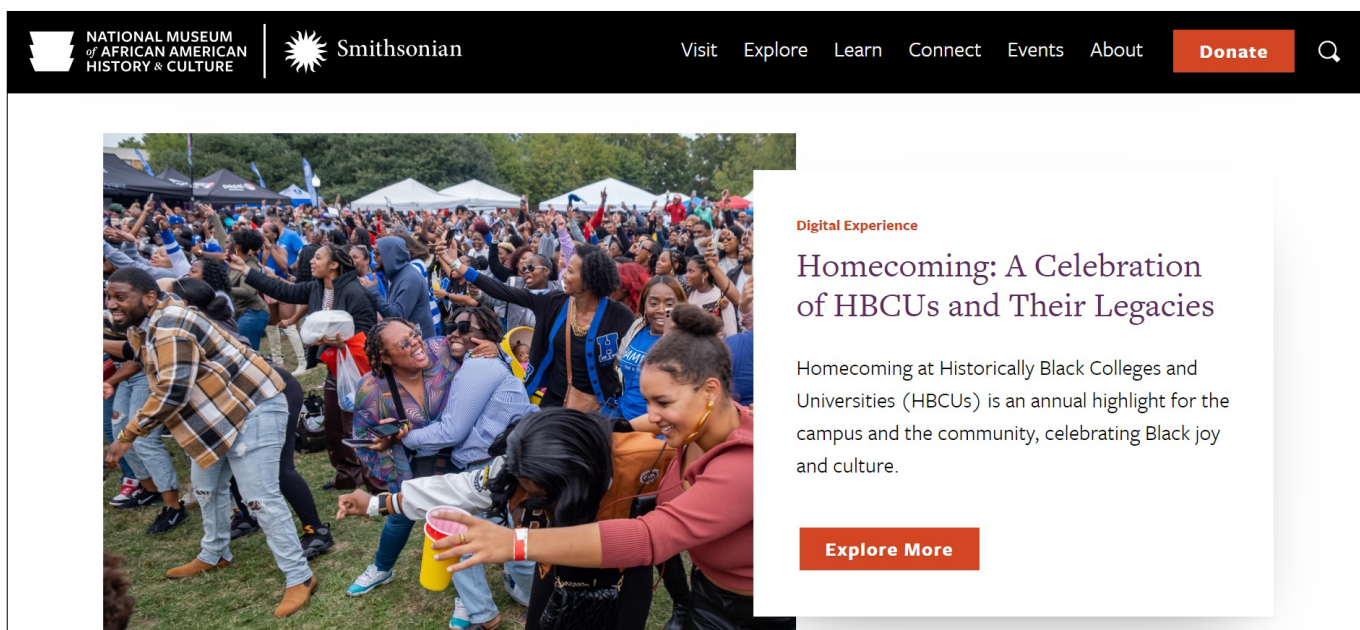


United States, Holocaust Memorial Museum (1993). Página de inicio

punto de intersección de nazis y esclavistas es la fase de trabajos forzados que precedía al desenlace de exterminio; los cautivos accedían al campo desde vallas que rezaban “Arbeit Macht Frei”: el trabajo os hará libres. Por un lado, el Museo Conmemorativo del Holocausto se focaliza en los factores que propiciaron el genocidio, para alertar de otras posibles réplicas en el futuro. La cabecera de su página web<sup>1</sup> es una fotografía en blanco y negro de una persecución policial: un grupo de civiles acechados por agentes armados. La portada aclara el trasfondo dramático, la actitud sobrecogedora que pretende despertar este tipo de museo.

Por el contrario, la ilustración de la página web de inicio del Museo Nacional de Historia y Cultura Afroamericana<sup>2</sup> es un encuentro de multitud de estudiantes negros, reunidos en una explanada, eufóricos y abrazados. La fuerza motriz del museo se desplaza de la denuncia del crimen de la esclavitud hacia la satisfacción por recrearse en los éxitos alcanzados. Toda cuestión dolorosa ha quedado atrás, pasa a un segundo plano, y hoy sólo hay diversión.

El riesgo de incluir materias adicionales, como las actividades para los colegios de colorear a un astronauta y la bandera americana en la luna, es restar protagonismo al contenido clave del museo: las secuelas del racismo que engendró la esclavitud todavía presentes en la sociedad estadounidense. Si no hubiera heridas que cicatrizar, ¿por qué conceder un museo a la población afroamericana? De ahí que el filósofo y economista Amartya Sen (2000) advierta: “Los afroamericanos tienen menos probabilidades en términos absolutos de llegar a la edad adulta que los habitantes de muchas sociedades del Tercer Mundo, como China, Sri Lanka o algunas partes de la India”. Este análisis alarmante no se refleja en la apariencia festiva del inicio de la página web, por lo que no invita a que nadie se haga cargo de él; de hecho, ante la tesis de Sen, puede resultar frívola: encubre la posición vejada, desvía la atención. El tema de la esclavitud se amontona así junto a capas y capas de otros asuntos, sin adquirir prioridad. En el caso de la *Shoah*, el museo acepta que posee una complejidad tan profunda que demanda un lugar aparte de cualquier otra cualidad de la identidad judía: es un crimen de lesa humanidad.



National Museum of African American History & Culture (2016): Homecoming

Respecto a la crónica de la violencia, el Museo Conmemorativo del Holocausto extrapola su experiencia a casos de estudio de minorías huidas alrededor del mundo, por lo que emplea la influencia que ha recabado para visibilizarlas. Su empatía abarca desde Afganistán hasta Zimbabue, pero pasa por alto a Gaza. Entre estos países, la fotografía que ilustra Bangladesh es, de nuevo, un asalto de las fuerzas de seguridad contra civiles. En contraste, al seleccionar el nombre George Floyd o Black Lives Matter en el Museo Nacional de Historia y Cultura Afroamericana, no consta el vídeo de brutalidad policial, sino un catálogo de pancartas épicas y puños alzados. La injusticia contra la que se están rebelando no se registra; no se especifica qué ha sucedido, qué significa “I can’t breathe”; se alude a su muerte, no se acusa de su asesinato. Ni siquiera aparece el Ku Klux Klan: el criterio de búsqueda no reporta ningún resultado, ningún rastro de agresión explícita. El término *masacre* sale a la luz en los últimos apartados, para describir la considerada más mortífera matanza racial de la Historia de los Estados Unidos: Tulsa. El texto incorpora testimonios de supervivientes, hoy ancianos, como episodio de su infancia. No obstante, lo que inunda la pantalla es la perspectiva de una calle y carruajes de caballos a lo lejos: nada que estremezca al espectador; nadie ve a los culpables.

La estrategia para disimular que un museo no existe es eclipsarlo con otro museo amable e inofensivo. En lugar de hablar del primer genocidio sobre el que está asentado Estados Unidos, la población descendiente de indígenas puede entretenerse con folklore, trajes y coronas de plumas, que nada tienen que envidiar al atrezo del Musical *El Rey León*, en el First Americans Museum.

Como ejercicio de imaginación, ¿se transmitiría acaso la gravedad de la tragedia del Holocausto si su página web se inaugurara con la fotografía de una comunidad judía brindando, exultante, entre candelabros de siete brazos?

## NOTAS

1. Si la web de inicio del Museo Conmemorativo del Holocausto se traduce al castellano, surge este epígrafe: “Enciclopedia del Holocausto”. En inglés, “The importance of Israel to Holocaust Survivors”, y la imagen del fondo cambia a un éxodo masivo, en cuyo centro miran tres niños al horizonte. La indefensión se sustituye por la esperanza. El mensaje se personaliza en función del público interlocutor y de la opinión política que se desee incentivar en los hablantes de cada idioma; se adapta a la recepción, busca la afinidad. En árabe, la explicación se concentra en Los protocolos de los sabios de Sión. Para comunicarse con la audiencia árabe, se apela a un texto religioso y se añaden más fotografías de mujeres judías con prendas que les cubren el cabello.

2. El contenido que encabeza la Home Page del museo se va actualizando. Esta imagen comentada es la que estaba en fecha de consulta (07/11/2023).

## BIBLIOGRAFÍA

- Esteva, G. (1996) Desarrollo. En: Sachs, W. (ed.) *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*. Perú: PRATEC
- Sen, A. (2000) *Desarrollo y libertad*. Buenos Aires: Editorial Planeta, S. A.
- Sontag, S. (2011) *Ante el dolor de los demás*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial